

—¿TAMBIÉN TE HAS DADO de baja en el gimnasio? ¡Paranoicos! —exclamó Chon—. ¡Una movida retro, en plan jipis viejos!

—Ya ves, le ha dado por las restricciones —Marga, apática, arqueó las cejas.

—Muy propio, en la onda cavernaria de Ismael.

Chon apoyó la nuca en el respaldo de la hamaca y se subió el vestido color berenjena. El sol de julio le doraba los muslos. Añadió:

—Tu marido se inventa un rollo anticuado y tú tragas. Los ingenieros y sus inventos. Con tu permiso, lo odio —colocó las manos sobre el vientre y cerró los ojos. Con dos horas de sol desaparecería el cerco de las gafas.

Lo odiaban y lo admiraban, pensó Marga. Ismael es un ejemplar interesante, va completamente a su bola. Así lo definió Irene al conocerlo en un restaurante vegetariano. Un año después, cuando ella volvió de Italia y comenzaron a salir, los amigos añadieron con mala baba: Ismael es un ingeniero rural con adornos cibernéticos.

—No sé cómo no estás morena teniendo esta terraza —comentó Chon. Deslizó los tirantes por los hombros y dejó al sol los pechos. Los pezones parecían montados sobre un cojinete de silicona, ¿se había hecho un tuneado discreto?

—¿Cuándo has hablado con Ismael?

Marga apoyaba la cadera en el murete de la terraza. Vigilaba a Sabina que jugaba con el canguro, un peluche gigante de color rata.

Chon, con los ojos cerrados y un tono de fastidio, afirmó:

—Ayer, Marga, ayer. ¿No te lo dijo?

—No.

—Me pasé el día haciendo gestiones para ver si le conseguía algo a tu retorcido marido. Intenté decírtelo por la noche, te llamé a las diez, ¿recuerdas?, pero estaba él. Tú, con Ismael a tu vera, estás rarita y borde por teléfono. Y tu móvil, apagado.

Porque no tenía saldo, mierda, pensó Marga pero se calló. Chon usaba un tono didáctico, maternal. La lija raspaba

el borde de las uñas. Desde que su marido había perdido el trabajo aparecía la buena voluntad. El regodeo en el tropiezo ajeno recubierto con nata solidaria.

—Quieres decirme algo, Chon. No te andes con rodeos, suéltalo —la apremió Marga.

—¡Joder, tía! —Chon se incorporó. Con una mano se recogía el pelo moreno en la nuca—. Ese tipo te formatea, te cambia. ¡A ver si vas a estar también borde conmigo!

Sabina abrazó al canguro, que tenía su misma altura. Dos animalitos de peluche a punto de cumplir los tres años.

—¡Has asustado al cangudo! —protestó Sabina.

—¡Al canguro! ¡Uro! —dijo Marga.

—¡Al cangudo, udo! ¡Indécil! —replicó la niña.

—¡Imbécil! ¡Con be! —la corrigió su madre con aspe-
reza.

Sabina tomó al enorme animal del cuello y caminó hacia el salón.

—¡Y tú, Chon, larga lo que sea de una vez!

—Marga, bonita, vete a la mierda —respondió la otra en tono bajo. Chon se había levantado y se colocaba los tirantes como si decidiera irse.

Marga se volvió de espaldas. La falsa dulzura le disparó el rencor. Miró la plazoleta junto a la fachada del edificio. A vista de pájaro, los cuatro trapecios de césped que enmarcaban el

círculo de agua verdosa componían un cuadro cubista. Notó la mano de su amiga en la cintura. Le confesaba:

—Hablé con Ismael, me costó pero lo hice, lo llamé al móvil.

—¿Y de qué, si se puede saber?

—¡De qué va a ser! Pues del curro —aclaró Chon.

—¿Y no podías habérmelo dicho a mí?

—No te lo dije porque no tenía ninguna seguridad de conseguirle un trabajo, aunque en principio, sí, la verdad, parecía de lo más sencillo.

—¿En tu empresa?

—Perdona, de mi progenitor y dueño absoluto por ahora. ¿Dónde si no? —Chon se encogió de hombros—. Soportes y Embalajes S.A. tiene en nómina a dos ingenieros, el mejor se ha largado, necesitamos un recambio. Y, encima, solicitado por mí, la supervisora contable y francotiradora de la empresa. Llevo una temporada de hojaldre con papá, ¿quién me lo iba a decir? Cada vez nos deja más cancha al inútil de mi hermano, porque es un negado, así de claro, y a mí. Pues eso. Posible.

—¿Y qué?

—Claro, llamé a Ismael para saber si le interesaba, había que partir de ahí, y tu marido me respondió: «En principio, sí, aunque las piezas de poliespán no son mi especialidad. Después hablaríamos de las condiciones». Un poe-

ma, Ismael... Mariano añadiría calificativos. Éstos de origen humilde y falsos principios de granito son más orgullosos que Dios.

—Dame un cigarrillo —exigió Marga. Iba a añadir: «Y abrevia». ¿Por qué nombraba a Mariano?

A Chon le resultaba ridícula su amiga robándole tabaco. Un tipo sin trabajo ni solera dicta las condiciones de vida, todo un macho antiguo que impone criterios. Marga no es tan independiente como quiere hacer creer, como ha dado a entender toda la vida. ¿Qué tiene ese tío de especial? Un expediente brillante en ingeniería, de acuerdo, pero tosco como una braga de esparto. Sintió un impulso cariñoso hacia la otra. Se conocían desde los catorce: veinte años de amistad. Y encima Marga no sabe la verdad sobre el despido de su marido.

—¿Te quieres sentar de una vez y escucharme o me callo y tomo el sol? —la conminó Chon.

Se sentaron frente a frente. Marga inhaló el humo. ¿Cuál era el golpe de efecto que le preparaba? Miró el rostro de su amiga, jugoso de hidratante. La depilación láser demostraba efectividad, había arrasado el vello del bigote. En torno a las cejas aparecían puntos negros, pelos vigorosos que pugnaban por salir.

—Hay más, Marga. Creo que tu súper te ha mentido soberanamente sobre la causa de su despido de Arkitec, o me

has mentido tú, que todo puede ser, y con vuestro pan os lo comáis.

Además de cuidar el cuerpo, follar y controlar la contabilidad de la empresa paterna, Chon tenía otra misión: ayudar a su amiga. Y disfrutaba con la nueva tarea.

—¿Te lo ha contado él? —la desafió Marga.

—Pues no, mira por dónde. Entre tu marido y yo existe hostilidad mutua, repelencia... Mira tú qué me puede contar.

Marga la observó. Resultaba un entretenimiento excitante: podía fisgar en el matrimonio, comprobar cómo se agrietan los muros cuando mengua el dinero. El súper y la rubia italiana comienzan a naufragar, pásalo. Pero un ingeniero de caminos con preparación y experiencia encontraría trabajo. Si no actuaba como un tarado. El matrimonio se cuarteaba en cualquier caso, en cuatro años había perdido aliciente. Las tapias se desmoronaban en los jardines de Verona; el hastío de lo cotidiano. Y un sudor agrio.

—¿Y qué? —preguntó como si insultara. Se sintió bien. Miró los puntos negros que rodeaban las cejas de Chon.

A Chon la distraía el desequilibrio de Marga. El sol le doraba el borde de la melena, una seda de cebada rubia, una envidia. Y no se había teñido.

—Tienes el pelo precioso —dijo Chon. Con el giro de la conversación indicaba que los problemas de Ismael le resbalaban.

—Y los hombros, y los brazos. Y un coño precioso —Marga cogió otro cigarrillo del paquete de su amiga.

—Y una mala hostia envidiable. Ah, por cierto, le ha dado una embolia a la madre de Mariano. Está por aquí, le dije que podríamos quedar.

—¿Es grave?

—Le afecta a la vista. Nuestros padres se hacen viejos.

Oyeron un ruido y Marga se dirigió al salón. El mando del televisor estaba en el suelo y Sabina pulsaba botones. Marga apagó el televisor y le quitó el mando.

Su hija frunció la boca, se parecía a Ismael. El mismo pelo rizado, sólo que Sabina no se quedaría calva ni usaría aquella loción que olía a azufre. Preparó un Campari largo, ella se sirvió un vino blanco, ese tipo de vino lo tenía asociado al psicólogo con quien convivió. El mueble bar estaba en las últimas. Salió a la terraza:

—Venga, suelta —no iba a hablar de Mariano, que es lo que intentaba Chon—. Le pediste un trabajo a tu padre para Ismael. Fabuloso, tu obra de caridad trimestral.

—Exacto, caridad, oenegés, hay que lavar la conciencia. Le hablé de un ingeniero especialista en resistencias, con experiencia, necesitamos aire nuevo en Soportes y Embalajes S.A., se barrunta una crisis... Fúndete. ¡Mi padre no me dejó continuar! Dijo: «¿Ismael Molina?, ni hablar. Circula el rumor de que es un topo. Hace proyectos paralelos a los

de la empresa y los vende bajo mano. Está aliado con otro ingeniero, que también está en la calle. Los invitas a comer a tu mesa y te roban los cubiertos. Menudo cabrón». Textual.

Marga se ensimismó en los pliegues que nacían en la nariz de Chon y le enmarcaban la boca. Su marido era un cabrón y precisamente aquella cualidad excitaba a su amiga, el irresistible aroma de los tipos sucios. Pero sería posible que no fuera una noticia fidedigna, Chon la habría manipulado para que resultara atractiva. También ella podía matar hormigas, como Sabina, cras, una tras otra, con la puntera del zapato, cras.

—¿No sabes, no contestas? Pues eso, Marga, me repatea abrirte tus lindos ojos, pero te lo tenía que decir. Por cierto, hablando de ojos, ¿no te das el tratamiento? Está apareciendo el vértice de arrugas, mírate.

—¿Estás segura? —a Marga le irritó el comentario. Tenía pequeñas patas de gallo, pero no arrugas. Los últimos meses dormía mal, no le hacía efecto el Orfidal. Estúpida.

—Y es que llevas la temporada chungu, paranoica y jodida. Haz el favor, por lo menos cuídate el cutis.

Ismael tenía un contrato indefinido con Arkitec. No recibió indemnización, podía ser cierto que lo hubieran echado por actuar contra la empresa. Contraatacó con encono:

—Detrás del despido está Alacón, el marido de Juana. Ismael le hacía sombra, lo anulaba, vamos, por eso lo echó.

Hay que decapitar a los que despuntan, Chon, decapitar a los capullos jóvenes, zas.

Por la sonrisa engréida de Chon supo que había hablado con Juana. Había contrastado la noticia.

—Decapitar capullos, no está mal, me apunto voluntaria. En fin, bonita, pregúntale a Ismael. Estás en tu derecho. Tu marido, mucho rollete cultural de progre rancio, mucho cero siete pero iba de depredador. Y estas cosas se las faxean los empresarios.

Chon enarcó las cejas, subió la boca. La suficiencia. El pliegue de la mejilla se convirtió en una línea. Marga de pronto la odió. Los mecanismos de rechazo y afecto oscurecían o iluminaban el paisaje. Ojalá se muriera. Qué mierda de pensamiento, se sintió despreciable.

—Te cojo el último cigarrillo.

Marga aspiró el humo con avidez.

—Le didé a papá que fumas —advirtió Sabina desde la puerta de la terraza.

—Y yo tiraré tu canguro a la basura.

—¡Mentida! —exclamó Sabina. Seguidamente pataleó.

—¡Ya basta! —el grito de Chon paralizó a la niña. Un crujido en la mañana azul. Sabina fue a llorar a la terraza de la cocina, junto a unos pantis y unos pantalones chinos de color caqui colgados en el tendedero.

—¡No dejes que te avasallen, por favor, Marga! ¡La tía más suficiente, la ochenta, sesenta, ochenta y cinco del grupo aplastada por una polla! ¡No sé qué te da ese tío! Y saca el genio con la niña, yo no les paso una a los gemelos de mi hermano. Sácalo, bonita, que sólo lo sacas conmigo, qué cruz.

—¿Qué te dijo Juana? —preguntó cambiando de tema Marga.

A Chon le sorprendió la perspicacia de su amiga. Bebió un sorbo.

—Pues sí, la llamé, la verdad. Tenía que confirmarme lo que había dicho mi padre. Ya sabes cómo es Juana, que debíamos vernos, que cómo estabas tú, tomamos un vermú en la Plaza Santa Engracia, donde tienen la empresa... ¿Te acuerdas de aquella noche que fuimos con ella a un bar especial?

—Nos manosearon hasta el carné de identidad. ¿Qué te dijo?

—Juana es lista. No dijo nada concreto.

—Pero lo insinuó.

—Pues sí —admitió Chon—. Dijo que el mundillo de la construcción, contratas a subasta, proyectos, millones, es como un safari, algo así, que cada uno va con el cuchillo en la boca y mata los cocodrilos que puede. Pero a veces los cocodrilos lanzan un bocado. Y que esta vez le había tocado a Ismael. También es cierto que hay menos trabajo, una crisis en el horizonte.

—¿Y qué más?

—Que tu marido es un cazador experto. Matará cocodrilos o cazadores y seguirá adelante. Eso dijo exactamente.

La línea de la mejilla la afeaba. Había hecho su labor. Le asqueaba su amiga.

—Comprenderás, si quieres —advirtió Chon—, que para mí tampoco ha sido un trabajo fino, pretendía meterlo en la empresa de mi padre, que también está raro, qué plaga, delega casi todo en mi hermano, imagina qué porvenir le espera a Soportes y Embalajes S.A., y me toca venir con los trapos sucios.

—¿No has tenido un orgasmo?

—Vete a la mierda.

—Perdona —recordó que el fantoche de Tomás dijo en una ocasión que Sharon Básica era multiorgásmica.

—Marga, estoy hasta los ovarios de este asunto... ¿De qué te sonríes ahora, si se puede saber? El teléfono.

Se había acordado de repente, era un apodo de segundo de bachiller, Sharon Básica. ¿Lo había ideado Gema o el Crestas? Marga pasó al salón y cogió el teléfono que sonaba. Escuchó un segundo y salió corriendo. Chon la siguió hasta la cocina. La niña se había subido a un taburete para alcanzar una pinza del tendedero y volcaba el cuerpo por encima de la barandilla de la terraza de la cocina. Marga sujetó a Sabina y la abrazó. Miró hacia arriba, el patio de luces era estrecho,

las escaleras de servicio de las dos alas confluían en una rampa común. Un hombre observaba desde la ventana del piso superior del ala contraria.

—¡Gracias! —gritó Marga.

—Le dije que bajara y no me hizo caso. Por eso la llamé.

—¡Muchas gracias otra vez! ¡Qué susto!

—Nada. No se preocupe. Son cosas de niños.

—¡Estaba a punto de caerse! ¡Si no es por usted...!

Cerró la puerta de la cocina y volvieron a la terraza de la fachada principal. Sabina soportó la reprimenda con la cabeza gacha.

—Gracias al Matacerdos —afirmó Marga aliviada—. ¡Por Dios, qué susto! ¡Se podía haber matado!

—¿Al Matacerdos?

—Sí, hija, así lo llamamos. Un señor muy amable. Un día nos contó su mujer que le había dado un infarto en el trabajo, trabajaba en un matadero industrial. Manejaba unas pinzas con las que electrocuta a los cerdos, algo así.

—Patético, no me extraña que le diera un infarto.

—La mujer nos lo contó con pelos y señales. Desde entonces lo llamamos el Matacerdos. O el Matarife. Mira, gracias a que al darle el infarto lo jubilaron, ahora se entretiene con una cámara, va siempre con ella, y hace de vigilante.

—Matacerdos, vaya oficio de mierda, y ahora vigilante de ventanas. Una locura lo vuestro. Qué mañana. He tenido

un orgasmo que me ha dejado exhausta contándote lo de tu marido y ahora un salvamento *in extremis*. Me voy a la piscina, Marga. Ya hablaremos cuando te baje la inflamación.

¿Y si Ismael le mintiera? Marga fue cerrando una a una las ventanas del piso. En la cocina flotaba el aroma a Blu, cada seis meses Chon cambiaba de perfume. Sabina la seguía, tenía conciencia de que había enfadado a su madre. La niña conectó el televisor de la cocina y ella lo apagó. A veces era traviesa, con una malicia infantil. ¡Joder! ¡Una niña que no había cumplido los tres años no puede tener malicia! Carecía de la autoridad y el equilibrio necesarios para educarla. ¡Y no era una niña! ¡Era su hija!

Se sentó frente al espejo del tocador y observó a Sabina.

—Lo que has hecho ha estado muy mal, cariño. Si te hubieras caído te habrías muerto.

—¿Y qué es miedo?

—Estar muerta... Jamás verías a tu canguro.

—¿Se lo didás a papá?

—Tengo que decírselo a papá. Has hecho una cosa mal y él debe saberlo.

—¿Me castigadá?

—No, pero debe saberlo. Entre papá y mamá no hay secretos.

Marga acercó el rostro al espejo, confortada por su actuación. Se había mostrado ecuánime, trataría de mantener

la estabilidad. Examinó las superficiales patas de gallo en el extremo del ojo, no llegaban a ser pliegues. Propias del estrés de las últimas semanas, tenía que vencer el insomnio, cuando fuera a casa de su padre se recetaría Dormicum. Se le había acabado el tratamiento facial, le habían hablado de un tratamiento tensor de Orlane, pero costaba ciento noventa euros. Mierda, todo se acababa. Crema, incluir en la lista de prioridades.

—Chon ha dicho una cosa —dijo Sabina de modo enigmático.

—¿Qué cosa?

Su hija la miraba impasible. A veces le parecía adulta. No estaba preparada para tener hijos, para darles una bofetada cuando fuera preciso. Sabina dosificaba su secreto. ¿Qué cosa? ¿Que Ismael era un cabrón? ¿Qué leches había dicho Chon?

Se miró la boca. Un delicado engrosamiento delimitaba el labio inferior. Ismael aseguró que se había enamorado a primera vista de su boca; los treinta comenzaban a pesar, no podía alegar que era joven para eludir compromisos de futuro, finalizaba el juego. Mariano, después de volver de Pensilvania, compaginaba la redacción de la tesis con el trabajo como psicólogo clínico, apenas se dejaba ver. Ella acababa de llegar de Italia, dos años entre Verona y Milán. Durante la carrera, con Chon, Irene y Gema, había vivido lo suyo.

Ismael era diferente a todos. Distinto de Luca, distinto del irónico de Mariano, ¿irónico o demasiado sentimental?, me estoy construyendo un caparazón cínico que me queda de lo más mono, lo arrastro a todas partes, como los caracoles. Recordaba el tono peculiar de la voz del psicólogo:

—Golfoescépticos, niñatoscrem, eso es lo que somos. Pronúncialo, Marga. Suena bien. Dínoslo en italiano. ¿En Italia se dicen senos o tetas? Tienes unas tetas menudas e insultantes, con una altivez taurina. Desvarío —parecía que estaba oyéndolo—. Te decía que nuestros padres tienen, en lenguaje sindical, el riñón cebado en una cesta de fondos. Por eso os he llamado crem, si no por qué cojones me iba, y os iba, a definir así.

Sonrió al recordar al palistacrem, el padre de Mariano, un emigrante turolense que manejaba una retroexcavadora en las obras y había acabado forrado con contratas de albañales en el Actur. Mi padre se compra las corbatas con el nudo hecho. Asegura que jamás soñó con apilar dinero tirando líneas de vertido. El mejor especialista en los intestinos de Zaragoza llevó a su hijo al Colegio Laico Bilingüe. No sabía qué significaban ninguno de los dos adjetivos, pero un teniente de alcalde llevaba a sus hijos allí. Y allí, recién salido de Barrio Sésamo, me pervertí con la fauna burguesa.

Mariano tenía talento y humor, indudable, y un poso especial, quizá por su profesión, parecía que espía tu

interior por una rendija. No iba a rumiar el asunto de nuevo. Prepararía una ensalada de primero y cocería verduras para la niña. ¿Había tomate? Era un coñazo tener que hacer la comida todos los días. Vivieron juntos durante seis meses, eran muy jóvenes, después del primer viaje a Italia, en aquel ático pintado de colores suaves. Quizá fue feliz sin saberlo, que es la manera más triste de ser feliz. Miraba desde el ático de la Plaza Asso los tejados carcomidos de viejos palacios y las torres como penes de ladrillo, ¿las ves, Marga?, las cuatro torres del Pilar, y, al fondo, difuminado en la niebla, el falo de San Pablo. Entrecerraba los ojos sentada sobre sus piernas, oyéndolo, un susurro en la nuca, la sexualidad ubicua del psicólogo. Tampoco le satisfizo aquello. Después desayunaban farinosos y café amargo, sonaban Los Rodríguez en el ático, déjame atravesar el viento sin documentos, quiero ser el único que te muerda la boca. Ella añoraba secretamente un compañero que le marcara metas, un carril de hierro por el que pudiera deslizarse con seguridad. Mariano era otro náufrago, como ella.

Necesitaba el último cigarrillo, urgente. O tener algo que hacer, embarcarse en un trabajo. Estaba cansada de ejercer de madre, de la rutina de las comidas. Intenta, Marga, cariño, cargar la cesta con frutas y verduras, le decía el pesado de su marido. Tan sólo había dos tomates, sería suficiente. Y aquella estupidez, tan pomposa, que se había inventado Ismael: bajar de banda de consumo.

Frente al frigorífico, ensimismada, notó que se estaba clavando las uñas hasta hacerse daño. Se miró las palmas de las manos. La uña del dedo índice había rasgado la piel en la base del pulgar, salía sangre. Cuando volvió de Italia fingió una vida social y unas amistades que tuvieron sentido en la juventud. Irene y sus modas trimestrales, cero colesterol, dieta rica en antioxidantes, practicaba la manía vegetariana. Fue en un restaurante donde descubrió a Ismael, un restaurante barato, verde y sin sangre, aunque a su marido ahora le encantan los filetes. Por entonces él redactaba la tesina de ingeniería y daba clases en la universidad tras una breve estancia en Alemania. En la clasificación de Mariano, Ismael era de la clase PA, una variedad prehistórica, proletarios ascendentes, que tienen su morbo, los padres usan mono y ellos aspiran a la bata blanca, trabajan para pagarse los estudios. Siempre iba con prisa, tenía que preparar clases, medrar. Aparecía en las manifestaciones del cero siete. Y aquellas maneras de hablar, usaba un vocabulario rebuscado en lugar de un tono coloquial y, sobre todo, los trataba con desdén. Cuando se acercan los treinta una puede comportarse como una imbécil integral, los juegos juveniles sonaban ridículos. A Ismael se lo disputaban Irene y Chon. Irene dijo aquello:

—¿Sabéis que el ingeniero primitivo no sabe besar? Ni puta idea. Ayer lo entrené y para mí que se corrió. Ese tipo es virgen y tiene fimosis. ¿Qué os apostáis a que tiene fimosis?

Irene se partía.

—Antes de un mes, aunque vaya de frígido, lo averiguo —añadió—. Cuando pruebe lo de meter no habrá quien lo pare, segurísimo. Será una joya que si se trabaja bien nos puede durar un semestre, Chon.

—Tendré que conocer a ese vegetariano con fimosis. Tiene su morbo —dijo Marga.

Su padre no la coartaba, se sentía cómoda al lado del ginecólogo. Aunque aparentaba estar emboscado en el trabajo, nunca deja de trabajar don Carlos, qué hombre, repetía Elvira, Marga agradecía la mirada protectora de su padre, tan discreta que parecía inexistente. A los veintipocos sufrió aquella crisis y abandonó medicina, no pudo practicar la incisión por debajo de la escotadura del cartílago tiroides. Desconecta, Marga, le repetía Mariano, estudias las enfermedades como si las padecieras. La aversión se precipitó al realizar la traqueotomía a un cadáver en las prácticas de segundo. Carne colgada en los ganchos de la carnicería. No podía, se ahogaba. Papá lo asumió, sobre todo la libertad individual, plantéate, Marga, un campo de acción que te satisfaga. Se pasó a filología italiana. Tal vez don Carlos Letux, catedrático en excedencia de obstetricia, no se opuso porque intuyó que era preferible una profesión aséptica para una hija sensible. Así fue, ¿no, papá? Al volver de Italia comenzó a salir con Ismael, ¿y por qué no? Casarse, empezar una vida

diferente, arriesgarse... Podía asombrar al grupo y arrebatar de las garras de Irene y Chon, como había hecho otras veces, el juguete más apetecible. De nuevo una apuesta atrevida, una distracción de adolescentes.

—¿Arrejuntarte, revolcarte durante una temporada o casarte? ¿Has dicho casarte? —Irene, tan escandalosa, gritaba.

Quién le iba a decir a Irene que un año después le entraría la fiebre y se casaría de blanco y por la iglesia, en la de San Miguel precisamente, con un juez tan nuevo como sus oposiciones, frescas después de siete años de cantar temas en una academia. ¿No está muy granado para ti? No, cariño, nada de Granada, tiene destino en Écija, provincia de Sevilla. Gema se casaría después con el farmacéutico, la familia había contribuido a la compra de los derechos de una farmacia en Calamocha, coleccionista de pornografía, calvo, encantador y loco por la informática.

Odiaba la maloliente loción para el cabello que usaba Ismael. Lavó la pequeña herida de la mano, ya no sangraba. Llevaba las uñas cortísimas, aun así. Una ensalada y unos filetes. Pondría a cocer verdura para la niña, pero no había para los tres. ¿Dónde se había metido Sabina? Ah, murmurándole al canguro, le contaba la vida que descubría, pasaba ratos desgranándole secretos con su media lengua. A veces su hija le parecía un ser extraño. Fue a buscarla, miraba la

pantalla del televisor, y la llenó de besos para compensar el pensamiento anterior.

Estaba cerca de los treinta, había empezado un doctorado que nunca concluyó y el proyecto de una empresa de traducción quedó postergado. Una se cree que está madura, se casaba porque tenía la edad, porque intuía que los proletarios ascendentes se marcaban metas, unos raíles internos que orientaban su vida. Y demás mierdas, porque todo era ordinario, sin sorpresas. Los cuatro años de matrimonio confirmaron que Ismael se guiaba, obstinadamente, eso sí, por un punto de codicia pero seguía sin conocer la cara be de un tipo espinoso. Un gilipollas engreído, diría Irene. ¿Cómo le iría a la señora del juez? Chon aseguró que la llamaban La Jueza, que es mucho peor que La Regenta, porque algo se te clava en la garganta, jueza, y qué cojones más sosos tienen los jueces, cariño, aunque cuando se toma unas copas, rara vez, cuenta los mejores chistes. ¿Y tú con el ingeniero? Horror, tampoco puedo tragar el nombrecito, la ge se me atraganta. ¿Irene se había follado a Ismael? Su marido no quería ni siquiera reconocer que la había besado. Cuántos pasos da una inconscientemente, guiada por el grupo, ensayando acciones adultas.

—¿Tu no tidadás al cangudo, a que no, mamá?

Marga se asustó. La niña, con sigilo, había entrado en la cocina. Tenía que responder con sensatez.

—Que no, Sabina, cariño. Una broma de mamá.

—Yo no didé la cosa, ¿a que no? Y no subidé a la badandilla, ¿a que no?

—Muy bien, Sabina. ¿Le das un abrazo a mamá?

La niña la miró. Su hija tenía un agudo sensor para captar la tensión ambiental. Sabina salió de la cocina.

Ismael aborrecía a Chon, a Gema, a Mariano... odiaba a los golfoescépticos. ¿La odiaba a ella? Cuando empezaron a salir le sorprendió la torpeza sexual de Ismael. Su padre les quiso comprar el piso y su futuro marido se sintió humillado. Le habló con un tono impropio a papá, le echó en cara su dinero y posición. A papá, al que se la sudaba la ostentación, probablemente desconocía el montante de sus bienes, una vez al año, para la declaración de renta, le pasaba los papeles al gestor.

—No acabo de entender a ese muchacho, perdona, hija, quizá sea la diferencia generacional, qué quieres, me parece que le molesta hasta mi presencia.

—Ya sé que es raro, papá, pero ten paciencia.

Ismael dejó la universidad y entró en la empresa privada, proyectos Arkitec, uno de cuyos jefes y accionista era Alacón. Comenzó a ganar mucho dinero, viajaba, era capaz de conquistar una posición sólida. A ella le admirada la capacidad de trabajo del ingeniero, obsesionado con los cálculos de estructuras, que se estremecía al besarla.

Vigilaba la cocción de la verdura, después le freiría un filete a la niña. El incidente se produjo una semana antes de la boda. Mientras compartían un aperitivo la conversación entre Ismael y Carlos Letux se afiló de malentendidos. Ismael mencionó a una señora como sostén de su padre y papá decidió invitarlos a cenar para conocerse. Después insinuó su disposición para ayudar en la compra de un piso. Ismael, con la mueca irónica, habló de las diferencias de clase, su padre se sentiría incómodo, ¿un pastor que conversa con un cirujano prestigioso? Papá, en un intento conciliador, mencionó su simpatía por la «gente humilde», la dignidad de los trabajadores del sector primario. Dos palabras, dos detonadores. Ismael invocó el paternalismo de no sé qué burguesía, qué sandez. En el fondo, lo sabía ahora, su marido renegaba de sus orígenes, ¿cuándo visitaba a su padre? Ella intentó cerrar el foso que se abría entre sus dos hombres más queridos, pero Ismael usaba la retórica envenenada: la paternidad basada en la extensión de cheques, los negociantes que compran cariño con viviendas... Aquella verborrea hartó a Letux:

—Hija, ni me gustan los prepotentes ni los resentidos. Lo que más me duele es que parecías inteligente. Allá tú.

Fue el único exabrupto de Carlos Letux en presencia de Ismael. Un insulto como una bofetada, en todo caso la primera bofetada que el ginecólogo le propinaba a su hija. Se dirigió a ella, cómplice por ingenua o detestable por necia,

despreocupándose de la reacción de Ismael, insignificante de pronto. El desencuentro definitivo. Porque Ismael y papá, pasado el acto del juzgado y el refrigerio posterior, apenas volvieron a verse. Lista: ver sin tapujos a mi padre, segunda prioridad. No ir en bicicleta, tercera. Que no le mientan, cuarta. Se puso las gafas, le ocultaban el rostro. Se miró. Aunque eran de diseño antiguo disimulaban las patas de gallo. No prepararía comida, ella se podía arreglar con la verdura que sobrara. Probablemente Ismael le había mentado sobre la causa del despido. La lija desgarraba la uña. Necesitaba nuevas gafas de sol, había visto un modelo de Gucci, de pasta negra con cristales ahumados y montura grande, que ocultaría los pliegues de los ojos. Se las arreglaría para conseguir aquel modelo, quizá aquella tarde, y sintió una especie de avidez por poseerlas, ¿por qué le mentía Ismael?, una necesidad de oponerse a los planes de su marido.